

¿Quién es Rich?

Matthew Klam

ALBA ● CONTEMPORÁNEA



¿QUIÉN ES RICH?

MATTHEW KLAM

Traducción
Jesús Cuéllar Menezo

ALBA
Créditos

ALBA CONTEMPORÁNEA

Título original: *Who is Rich?*

© Matthew Klam, 2017

© de la traducción: Jesús Cuéllar Menezo

© de esta edición: **alba editorial, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www.albaeditorial.es

diseño: Pepe & James

Primera edición: noviembre de 2018

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-502-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Daniel Menaker

UNO

La niebla llegó el sábado por la mañana. Me senté en una amplia carpa blanca y tomé algo de café mientras la silla se hundía en el césped. Hablé con un joven de barba poblada y sombrero de paja desastrado al que por alguna razón el año anterior habíamos comenzado a llamar el Figurín.

Una chica con una chapa identificativa repartía los horarios a los profesores. El tipo que iba detrás de ella me entregó un dossier informativo. Me quedé allí sentado tomándome una tostada y echando un vistazo a mis notas. Por ahí andaban también otras personas, charlando y fumando. Saludé a una docena de caras conocidas de todos esos años y me tomé varias tazas más de café. La niebla se esfumó. Se oía un cortacésped. El cielo lucía un impoluto azul aguamarina.

Había preparado una clase en tres partes: técnicas de dibujo, intercambio de ideas y ploteo, y también encontré varias hojas con ejercicios del año anterior o del antepasado. Proporcionábamos lápices, gomas de borrar, bolis, plumas, pinceles y papel —cartulina Bristol libre de ácido de 100 libras para dibujar historietas— y una cosilla de plástico llamada Normógrafo Ames, que todavía no tenía ni idea de cómo utilizar.

Nos reuníamos en el campus de un colegio universitario ignoto, situado al final de una península arenosa en forma de gancho, rodeada por el Atlántico y con vistas espectaculares. Llevaba cinco años seguidos dirigiendo un taller en unos cursos de verano de Bellas Artes y una vez más tenía la clase completa. Los cursos se habían iniciado hacía quince años en forma de festival poético de un día y con los

años habían ido aumentando en volumen y popularidad, aunque al centro organizador no le había ido igual de bien. Con el paso del tiempo habían ido clausurando algunas de sus instalaciones para ahorrar dinero, hasta que toda la escuela quedó en desuso, aunque después volvieron a abrir una parte reducida, que funcionaba como satélite de la universidad estatal más próxima. El colegio conservaba su nombre, el de la localidad, tomado del pueblo que, tras vivir aquí desde tiempos inmemoriales, había firmado la paz con los colonos ingleses, les había enseñado a pescar y cazar, y los había ayudado a aniquilar a las tribus vecinas, antes de que las enfermedades acabasen con sus propios integrantes o de que los expulsaran o vendieran como esclavos.

Nada Klein, con larga trenza a la francesa y oscuros ojos de loba, cruzó la carpa arrastrando un chal por el suelo. Todos los años vencía al cáncer, llegaba tarde a sus propias presentaciones y era objeto de mofa e imitación generalizadas. También había vuelto Larry Burris. Un año se saltó la medicación, fue a clase con gorro de bufón, prendió fuego a sus notas y tuvo que pasar una noche en el hospital. Ahora estaba de pie a mi lado, bajo la entrada de la carpa, firmando pacientemente un ejemplar de su libro, que a continuación devolvió a una mujer que lo abrazó. Entre los profesores había muchos amigos que, después de estos años, ya sabía yo que eran mentes preclaras, historiadores, artesanos de la palabra, intérpretes de talento, narradores de ostentosos dientes postizos, drogadictos, borrachos, pervertidos, mujeriegos de fama mundial, aquejados de gota, maniáticos, mentirosos, amargados, trastornados, competentes, arcnófobos, incapaces de nadar, privados de amor y crueles. Vi a Barney Angerman, ganador del Pulitzer a la mejor obra dramática el año que yo nací, y a Tabitha Portenlee, que había escrito unas aclamadas memorias de contenido incestuoso: ayudaba a Barney en la cola del desayuno y él la agarraba del brazo. El invierno anterior el director de la escuela me había pedido que le diera el nom-

bre de otro dibujante de quien me fiara y que pudiera impartir otro taller de historieta, pero no le contesté. Tal como había ido mi carrera, me temía que estuviera contratando a mi sustituto.

Un poco antes de las nueve me dirigí al edificio de Bellas Artes. Recorrí deprisa un largo pasillo, cruzándome con alumnos y profesores, en busca de mi aula. Ahora había clases en el anexo: paisajismo fotográfico, fabricación de fieltro o fresco sobre yeso, que no sé lo que era.

Cuando llegué los alumnos estaban sacando sus cosas y mirándose de arriba abajo unos a otros. Eché un vistazo a mis notas. Una mujer que vivía en el pueblo se quejaba de los atascos que había cerca de la playa. Un delgaducho con vestido de tirantes, rímel en los ojos y gargantilla de perlas se me quedó mirando. Una joven asiática se le quedó mirando a él, agarrada a su plumier. Un joven con polo blanco, un viejo de rostro recio y una chica de ojillos como botones y pies diminutos hablaban con cariño de sus perros.

Abrí el dossier informativo y leí las biografías de los demás profesores y oradores invitados que aparecían en el folleto de los cursos. Éramos de muy diversas categorías: desconocidos de poca monta y gente de fama efímera, personajillos y auténticas estrellas. Mientras leía, noté que me costaba respirar. Intenté serenarme, pero me sentí peor y me iba poniendo blanco a medida que el cerebro se me quedaba sin sangre. Leí mi programa del curso, escrito hacía siglos.

Colegio universitario Matticook
Cursos de verano de Bellas Artes

DIBUJO DE HISTORIETAS: EL CÓMIC SEMIAUTOBIOGRÁFICO

con Rich Fischer

Del 18 al 21 de julio. Matrícula: 1.500\$. Edad mínima: 18 años. Con opción a crédito universitario: 1.900\$.

¿Quieres que tus historietas suban de nivel?

Comienza de cero o tráete tu cómic ya empezado a nuestro curso intensivo de verano de cuatro días y te ayudaremos a alcanzar ese nivel...

En el vestíbulo se oía ruido de voces. Encima de nosotros giraban lentamente unos ventiladores. Por el techo serpenteaban los tubos galvanizados de un vetusto sistema de renovación de aire. Una mujer delgada entró sigilosamente en la sala, salió y luego volvió a entrar. Pelo castaño enmarañado, codos picudos, muñecas huesudas, el contorno de la boca enrojecido, labios cortados, como heridos, falda larga y mocasines. ¿Era el tipo de persona que encuentra tiempo en su ajetreada vida para convertirla en cómic? Parecía que sí.

Me moví por el aula, fingiendo una leve cojera para darle a mis movimientos, con chanclas y pantalones cortos de loneta, una seriedad más aristocrática, y regulé la apertura de las persianas. Así me convertí en el padre, el anciano benévolo con los conocimientos y la bondad en cierto modo intangible que permitiría que mis alumnos proyectasen en mí la facultad de acoger sus aspiraciones. Yo sería el contenedor, recogería sus sueños, algo así. Cuando se callaron, les pedí que se fueran presentando.

No era profesor. Aquí estaba fuera de lugar. Había dejado tirada a mi familia y había conducido durante nueve horas hacia el norte, por la costa este, padeciendo el tráfico de la autopista en un viernes de verano para poder pavonearme ante unos desconocidos que en su mayoría carecían de talento, que en algunos casos ni siquiera eran simpáticos, y lo hacía por una cantidad ridícula. Ellos habían derrochado el dinero que habían ganado con el sudor de su frente para venir a este sitio precioso, pero no para nadar o navegar, sino para sentarse en una sala durante todo

el día y sudar tinta escribiendo y dibujando, mientras se dicen que están haciendo realidad un sueño.

La primera vez que vine aquí fue el verano posterior a la aparición de mi único libro. Estos cursos fueron una de las muchas cosas buenas que me ocurrieron en esa época. Quizá eran lo único que me quedaba de todo aquello. Cada vez que entraba en coche en el pueblo y veía las langostas de neón intermitentes, la bolera y el gigantesco sándwich tridimensional de plástico que había junto a la carretera, me daba un subidón que me recordaba que en su día el futuro me pareció ilimitado.

Melanie Lenzner, que impartía dibujo en secundaria en New Hampshire, no paraba de hablar y se comportaba como si la clase fuera suya, no mía. Helen Li, estudiante de ingeniería biomolecular, dijo que no quería empezar a estudiar medicina en otoño. Nick, el chico trans, declaró que su padre lo o la había echado de casa y que vivía en su coche. Parece que a Carol, larguirucha, de pelo rojo desvaído, cortito y de punta, la alarmó esa situación y le preguntó cuánto tiempo llevaba en la calle. George se había alistado a los dieciocho, había estado en Vietnam, había perdido a su mujer hacía veinte años y tenía una hija llamada Sonya que vivía en Búfalo. A Sang-Keun Kim, con bigote y coleta, me parecía haberlo visto en películas porno de los ochenta. Frances, una abuelita con rebeca blanca, parecía encantada de estar aquí. Vishnu quería que supiéramos que había hecho talleres con dibujantes más famosos que yo. Rebecca, la flacucha, era comadrona en Hartford. Por detrás de los fregaderos, una adolescente con gorro de lana, chanclas de ante y pantalones de pijama de franela miraba tras el velo de acné que le cubría el rostro. Le pedí que se acercara. Dijo que no. Se llamaba Rachel.

Distribuí unas hojas DIN A3 y les pedí que cogieran unas cuantas.

Hacía seis años que no publicaba nada. Ahora era ilustrador en una reputada revista de política y cultura, una venerada institución del periodismo estadounidense, la se-

gunda o tercera más antigua del país. La ilustración es a las historietas lo que la sodomía carcelaria a una orgía pansexual. No tienen nada que ver. En cualquier caso, puede que hayan visto mis dibujos en la revista y no lo sepan, salvo que estuvieran buscando firmas con lupa. Son trabajos edulcorados, mortecinos, para satisfacer las exigencias del mercado.

En su día tuve muchas esperanzas y estaba asombrado de haber dejado atrás el páramo de los fanzines y los periódicos universitarios y de colaborar con cabeceras de primer orden. El destino me esperaba, prácticamente acababa de empezar, pero en un santiamén se acabó todo. No hubo más solicitudes de notas promocionales, ni cheques misteriosos en el buzón, ni tarjetas de agentes pegadas al cheque, tampoco llamadas de mi editor, ni siquiera para decirme que me fuera a la mierda. Lo que más echaba de menos, lo que había perdido u olvidado, era la creación de historietas, descomponer las penas de la existencia mediante esos períodos de beligerancia, vergüenza, sospecha y euforia, divagaciones literarias e imágenes descifrables organizadas en un entorno globalizador. La fanfarronería, la chulería y las revelaciones personales de mal gusto se habían acabado. Los historietistas seguían creando viñetas y en el fondo de mi resentido corazón yo los odiaba y rezaba por volver a 1996, cuando todo lo que iba a ocurrir estaba a punto de ocurrir, cuando trataba de imaginarme hasta dónde llegaría.

Los que hayan tenido éxito precozmente sabrán que no es algo habitual. Al principio parece que debe de haber un error, pero enseguida te acostumbras y acabas estando seguro de que siempre va a ser así. Viajas y conoces a dibujantes famosos; te alaban, habláis como si fuerais viejos amigos y tenéis la oportunidad de intimar, te cansas de sus lloriqueos y no tardas en perderle el respeto a cualquiera que pase apuros o se queje. Te acostumbras a esperar mensajes de tus admiradores, a que se presenten desconocidos a hacerte la pelota, a cierta deferencia o cierto tono

de voz. Empiezas a pensar que cualquier autor de historietas que no tenga fama nacional, cualquiera que sufra, que sea poco conocido o no reciba atención de los pajilleros de Hollywood, debe de ser idiota perdido.

Escribí en la pizarra: *Fontanero, Hitler, ricachones,*

—Vamos a dedicar un par de minutos...

hortelano, hombretón, hobbit,

»a esbozar estos personajes...

camarera, Nabókov, tabernera,

»que el lápiz no pare...

Bigfoot, pinche, muñeco de nieve.

Después me paseé por el aula, intentando no lanzar miradas acusadoras, ni siquiera de curiosidad, animando, fomentando la espontaneidad y diciendo cosas positivas.

—¡Me encanta!... ¡Sí!... ¡Qué energía!... ¡Magnífico! —El objetivo de todos estos garabatos era reducir el nivel de ansiedad en el aula, relajar el ambiente, hacer que se sintieran cómodos y expectantes, descubrir en cada carácter el núcleo autónomo...—. Un minuto más, si os parece, para acabar lo que estáis haciendo... —Elevar la temperatura corporal y poner las moléculas en ebullición.

Después me acerqué a la pizarra y dibujé un muñeco de nieve con una sonrisa hecha de carbón, una hendidura donde debía estar la nariz y una enorme zanahoria, como una bocina, ligeramente torcida, saliéndole por debajo de la línea del ecuador, ya saben dónde. Debajo del muñeco escribí: «¿Hay hambre?».

Se rieron.

—El humor surge de la superposición sorprendente de texto e imagen.

Dibujé un conejo con cara de preocupación que miraba fijamente la zanahoria. Después borré el conejo y volví a poner la zanahoria en su lugar. Dibujé al diablo con abrigo y bufanda al cuello, apoyado en el muñeco de nieve, hablaba por teléfono y se quejaba de que el termostato no funcionaba. Después me libré del diablo y dibujé otro muñeco

de nieve que le decía al primero: «¿Por qué huele todo a zanahoria?».

—Cuando tenéis delante una historieta, ¿leéis primero el texto u os fijáis antes en el dibujo?

Nos movimos por el aula y cambiamos impresiones.

Después los dividí en grupos y durante veinte minutos armaron un guirigay, gritándose, contándose cosas, gesticulando. Intercambiaron ideas, opinaron y se ayudaron unos a otros, discutiendo, diseccionando y haciéndose trizas mutuamente. En un correo electrónico enviado un mes antes les había pedido que trajeran notas, un guión y algunos dibujos, y los animaba a atreverse a indagar en experiencias personales con fines terapéuticos y artísticos, para poder encontrar una historia importante que desarrollarían durante la semana.

Rebecca se veía a sí misma en una ambulancia: más joven y con uniforme sanitario presionaba con el cuerpo el de un anciano, intentando reactivarle el corazón, pero no lo lograba y el pánico se apoderaba de ella. Sarah quería hacer algo ligero y divertido sobre su trabajo en una librería. Brandon, el del polo blanco, tomó notas sobre su primera fiesta del orgullo gay, cuando se decoloró el pelo, esnifó nitrato de amilo y comprendió, por fin, que, «si has visto a una drag queen, las has visto todas». Tenían cuatro días para convertir sus miniaturas en dibujos bien acabados a lápiz, entintarlos, meterles texto, escanearlos y reproducirlos para presentarlos al mundo el martes por la tarde, durante una sesión abierta.

Pregunté si alguien necesitaba ayuda. Mel jugueteaba con un sacapuntas. En la cabeza vacía de Sarah escuché grillos. Después me fui a la parte posterior de la sala y miré el suelo. Se oía ruido de lápices y papeles, la respiración constante de seres humanos trabajando. Me quedé detrás de la prensa, con las manos en la manivela, como un capitán que intenta mantener el rumbo con el timón.

DOS

Cuando llegamos al descanso, otras clases habían ocupado las mesas del merendero del patio. Desde la bahía soplaba una brisa tan ligera como burbujas de champán. Sus brillantes aguas aparecían salpicadas de veleros. Sentí alivio. Antes de la clase estaba nervioso y durante el desayuno había estado a punto de vomitar. Esa primera sesión siempre me desquiciaba, pero ya estaba superada.

Sin embargo, algo seguía sin funcionar y tardé un segundo en averiguar qué era: Ángel Solito, que salía del edificio de Bellas Artes, guiñando los ojos por el sol y caminaba hacia mí. Llevaba una sudadera azul marino con capucha que se ajustaba con unos cordones blancos largos. Los brazos colgando y gafas. Dije algo y me tendió la mano. Tenía marcas en la cara, como si fuera a brotarle un sarpullido, y el pelo, o no se lo había peinado al levantarse o lo llevaba en cresta.

No tenía muy claro si él sabía quién era yo, pero yo conocía a una editora de una antología británica que lo conocía a él. La mencioné como sin darle ninguna importancia y le di la enhorabuena fríamente por su libro.

—Ajá.

Era el historietista que Carl, el director, había contratado. Por su edad, Solito podría haber sido mi hijo, si lo hubiera tenido a los catorce años, y, si uno se fijaba bien, se veía que unos filamentos rojos le surcaban el blanco de los ojos y que la cabeza se le vencía hacia delante como si tuviera cuernos. Quizá iba derecho al gran dispensador de café de plástico negro que tenía detrás de mí en una mesa del merendero y yo me había cruzado en su camino. Quizá

le diera lo mismo y solo necesitara desahogarse, y le habría hablado así a cualquiera. Sacudió la cabeza y dijo:

—Tío, ha sido una locura. —Y me contó lo agotado que estaba, que se había quedado sin dinero hacía dos días y que estaba esperando el cheque de su editor. En cuanto terminaran estos cursos se iría de gira otra vez—. El libro se va a presentar fuera, en Suecia y Dinamarca... —Llegó un momento en el que comprendí que se estaba sincerando, se estaba sincerando conmigo y supongo que lo agradecí—. Después llegará la gran presentación en Europa, a finales del verano o comienzos del otoño... —Se mordía el labio inferior, como si yo no estuviera allí, hablando de una beca francesa, distante, acosado, como si los franceses le hubieran estado llamando toda la noche y no quisiera por nada del mundo decepcionarlos; en estas apareció una mujer a su lado, con el pelo suelto y una piel tan blanca que resplandecía, apretándose el libro de Solito contra el pecho—. Estoy cansadísimo, tío, llevo sin trabajar, no sé, meses. —A nuestro lado pasó otra joven con coletas, que se paró en seco cuando lo reconoció—. Tengo una idea para un nuevo libro, pero necesitaría un sitio tranquilo, donde ojalá pudiera entrar como en erupción o algo así...

—Claro, ya te entiendo.

—Tú llevas, ¿cuánto, diez años?, dándote la gran vida —me dijo, avanzando hacia la mesa y hacia sus ansiosos admiradores—. Me tienes que contar cómo lo llevas. ¡Por eso tenemos que quedar!

—¡Claro que sí!

Vete a la mierda.

Se despidió moviendo la mano con desidia y con una sonrisa cortés, casi triste, y yo le correspondí con un movimiento de cabeza alentador.

Te voy a contar cómo lo llevo, Ángel. He vendido diez mil libros en los últimos seis años. Tú has vendido cien mil ejemplares de tapa dura en tres meses y derechos de publicación en treinta y ocho países. Eso equivale a un millón de

pavos en derechos de autor. La de las coletas titubeó, pero la rubia, que ya tenía el libro listo, se lanzó.

Había visto su trabajo en algún sitio, quizá fuera un fragmento en alguna antología, quizá su editor me hubiera enviado las galeradas o lo hubiera visto en una librería, en una pila de la mesa de novedades, y me hubiera quedado allí plantado las horas que hiciera falta para leérmelo de cabo a rabo, antes de retroceder a trompicones hacia el exterior, con escalofríos y farfullando entre dientes mientras buscaba la puerta como si estuviera ciego.

Que se ha quedado sin dinero. ¡Qué cabrón!

Ángel Solito fue desde Guatemala hasta California, casi siempre a pie, casi siempre solo, a los once años; recorrió un continente para buscar a sus padres y al final los encontró, pero no encontró el sueño americano. Plasmó su historia con trazos nítidos y vigorosos, rostros delicadamente sombreados, cabezas grandes y una expresividad feroz. Su trabajo había suscitado críticas burbujeantes por doquier. Después de leerlo, pasé unos días en los que a veces me sentía raro, viajaba a algún lugar cansado, casi feliz, y me imaginaba que era mi libro, mi historia, que con un metro veinte de estatura, cuarenta kilos y solo había recorrido casi cinco mil kilómetros para encontrar a mis padres.

Se quedó junto a la mesa del merendero mientras la gente lo iba rodeando. Tenía la piel color caramelo y el pelo negro brillante. Me estremecí al ponerme en su pellejo, como si yo les cayera bien y me dieran las gracias a mí. Había soñado con el triunfo y aquí estaba, ¡tan hermoso, tan real! Pero entonces recordé que ningún soldado me había robado, que ningún lobo me había perseguido. Que no me había arrastrado por el desierto de Sonora. Yo venía de un sitio en el que los niños de once años casi no sabían ni hacerse la cama.

Me crié en un barrio periférico de clase media con buenos colegios públicos, a una hora de G. W. Bridge, al norte, al abrigo de una arboleda de pinos blancos, en una casa antigua de suelos de madera combados y pasamanos suel-